

Reseña crítica

En defensa de la vocación

Vicente Alfonso

(Torreón, México, 1977) autor de *Huesos de San Lorenzo* (Premio Internacional de Novela Sor Juana Inés de la Cruz 2015, publicada en español por Tusquets; traducida al italiano, alemán, griego y turco). En 2018 obtuvo el Premio Bellas Artes de Crónica Literaria Carlos Montemayor. También es autor de *Partitura para mujer muerta* (Literatura Mondadori–Premio Nacional de Novela Policiaca 2008). En cuento ha publicado *Contar las noches* (Premio Nacional de Cuento María Luisa Puga 2009). En 2018 ingresó al Sistema Nacional de Creadores de Arte de México. Su labor como reportero y articulista le ha valido el I Premio Iberoamericano de Periodismo Ciudades de Paz, el Armando Fuentes de Periodismo Cultural y en dos ocasiones el Estatal de Periodismo Coahuila. Ha sido becario de la Fundación para las Letras Mexicanas, del Programa de Cooperación Internacional México-EE.UU. y del programa para Creadores con Trayectoria de Coahuila. Vicente Leñero lo calificó como: «Un escritor de altos registros. Desde ahora, será necesario seguirlo y perseguirlo. Es un novelista excelente».

¿Existe la inspiración? ¿Ayuda la literatura a sobrellevar los errores del pasado? ¿Es cierto que quienes se dedican al arte están destinados a pasar hambre? ¿Es verdad que, sea cual sea el tema de una novela, el autor terminará siempre hablando de sí mismo? Éstas y muchas otras preguntas son abordadas por Carlos Martín Briceño en *La muerte del ruiseñor*, novela publicada por Ediciones B.

En rigor la novela aborda la vida del cantautor Augusto “Guty” Cárdenas, cuya trágica muerte, ocurrida el 5 de abril de 1932, truncó una exitosa trayectoria. Se sabe — no es ningún *spoiler* decirlo—, que Guty Cárdenas murió a los 26 años en una riña de cantina en el afamado Salón Bach de la ciudad de México. En una vida breve pero intensa grabó más de doscientas canciones, triunfó en Nueva York, fue invitado a cantar en la Casa Blanca y trabó amistad con los mejores compositores de su época, entre ellos Agustín Lara. Se sabe también que, en su momento cumbre, sólo Carlos Gardel vendía más discos que él en español. Pero las anécdotas del cantante cuyo apodo era “El ruiseñor yucateco” son apenas el detonador del que se vale Carlos Martín para armar una entrañable ficción que hay que ir deshojando como quien deshace una cebolla. Porque, en contrapunto con los esfuerzos del joven Guty por llegar cada vez más lejos como trovador, Carlos Martín Briceño narra su propia lucha por defender una vocación no menos azarosa: la literatura.

Si Guty debió enfrentar primero el rechazo de su padre hacia la profesión de músico y más tarde su condición de artista de provincia, lo mismo debe hacer el otro protagonista de este libro, un hombre que de día funge como ejecutivo en una compañía

transnacional mientras de madrugada teclea cuentos y novelas en algún punto de la Ciudad Blanca. A ese escritor, cuyo nombre es el mismo del autor de esta novela, su padre le daba el mismo consejo que en su momento nos dieron a muchos: “termina una carrera normal y luego dedícate a lo que se te antoje”. Sé, porque él mismo me lo ha contado, que Carlos Martín Briceño comparte muchos rasgos con ese personaje. Sé también, aunque él diga lo contrario en esta novela, que es uno de los cuentistas más respetados de nuestro país. Ya lo era desde antes de obtener en 2012 el prestigioso premio internacional Max Aub por su cuento *Montezuma's revenge*. Sus libros —entre los que pueden mencionarse *Los mártires del freeway y otras historias*, *Caída libre*, y la antología *De la vasta piel* (todos publicados por Ficticia)— destacan por la impecable factura de sus relatos. No es un secreto que su esposa Ariadna comparte con él la pasión por las artes, en una doble vocación cuyos frutos les han valido el respeto y la admiración de muchos. Pero sé también que para obtener esos galardones han debido trabajar mucho, además del empeño que ambos han puesto en ese proyecto común que implica sacar adelante una familia con dos hijos.

No me estoy saliendo del tema, pues la crónica de esos esfuerzos es parte medular de *La muerte del ruiseñor*, y eso la emparenta con grandes novelas como *Revolutionary Road* de Richard Yates y *Antigua vida mía* de Marcela Serrano. No se trata de ponernos románticos, sino todo lo contrario: *La muerte del ruiseñor* es una defensa de las artes como oficio. Un oficio de picapedrero en donde esa fruta rara llamada *inspiración* se cosecha sólo a punta de esfuerzo. Tal como un aprendiz de albañil hereda del maistro la técnica para hacer la mezcla y levantar columnas, los aspirantes a narrador debemos aprender a forjar personajes, a cerrar capítulos y a trazar estructuras. Son la disciplina y la constancia, no la inspiración, las fuerzas que permiten cerrar libros. Acaso por esto Carlos Martín Briceño ironiza en esta novela contra la leyenda que **afirma** que García Márquez escribió *Cien años de soledad* en un estado de iluminación, pues todo lo contrario sostienen las páginas que hoy celebramos: cualquier obra que se respete es producto de mucho trabajo. Conviene aquí citar un fragmento del *Diario* de Jules Renard:

El talento es una cuestión de cantidad. El talento no es escribir una página, es escribir trescientas. Ni hay una novela que una inteligencia ordinaria no pueda concebir, ni una frase, por bella que sea, que un principiante no pueda construir. Queda el levantar la pluma, la acción de ordenar el papel, de llenarlo pacientemente. Los fuertes no dudan. Se sientan a la mesa. Sudarán. Irán hasta el final.

En otro nivel de lectura, esta novela destaca porque nos hace cuestionarnos sobre la siempre difícil relación que hay entre *realidad* y *ficción*. Me explico: para quienes estamos acostumbrados a hablar de *crónica* y de *periodismo* hay un término que aparece con frecuencia en las conversaciones: la *no-ficción*. Se trata de una etiqueta que hoy más que nunca debe tratarse con mucho cuidado, pues sugiere que la ficción y la realidad son extremos opuestos del mismo plano. Bajo este supuesto, todo aquello que no es ficción sería verdadero. Pero en su libro *El concepto de ficción* Juan José Saer nos recuerda que no necesariamente es así: “el rechazo escrupuloso de todo elemento ficticio no es un criterio de verdad (...) Lo mismo podemos decir del género, tan de moda en la actualidad, llamado, con certidumbre excesiva, *non-fiction*: (...) Aun cuando la intención de veracidad sea sincera y los hechos narrados rigurosamente exactos –lo que no siempre es así– sigue existiendo el obstáculo de la autenticidad de las fuentes, de los criterios interpretativos y de las turbulencias de sentido propios a toda construcción verbal”. Dicho de otro modo, que los datos sean verídicos y comprobables no significa que el resultado final sea verídico.

Como ya mencioné, aquí reside otra de las grandes virtudes de esta novela: Carlos Martín Briceño sabe que, en lo individual como en lo colectivo, la memoria es volátil, inestable, cambiante: sabe también que en un crimen las versiones de los testigos jamás concuerdan del todo. El resultado es que su reconstrucción de la muerte de Guty Cárdenas es un rompecabezas cuyas piezas jamás terminan de encajar, pues de otro modo su libro no sería una novela sino una acartonada monografía. En ese sentido, Carlos Martín procede como un detective que sigue distintas líneas de investigación: más que un *así fue*, nos ofrece un *así pudo ser*. Ejemplo de ello es el capítulo que indaga la naturaleza de la relación entre Guty Cárdenas y Agustín Lara: ¿eran amigos o enemigos? ¿había admiración, celo, envidia? ¿podrían coexistir distintas emociones? La vida de Augusto Cárdenas Pinelo no es la única que se pone en entredicho: el autor duda de las memorias familiares y aún de sus propios recuerdos.

Allí, en su cuidada estructura, descansa otra de las virtudes de esta novela-artefacto: las líneas se conectan entre sí de maneras novedosas que nos recuerdan obras maestras como *Santa Evita* de Tomás Eloy Martínez, *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez y *Plata quemada* de Ricardo Piglia. Y en un tercer nivel de lectura, *La muerte del ruiseñor* es la bitácora de un novelista que investiga, sí, pero es también la de un apasionado lector que saca valiosas lecciones de los libros que lee: a lo

largo de la novela nos comparte sus consideraciones en torno a relatos de Raymond Carver, John Updike, Milan Kundera, James Joyce...

Es quizá por todas estas razones que en *La muerte del ruiseñor* Carlos Martín Briceño despliega la enorme variedad de herramientas que posee: va del relato confesional al epistolar, emula las entradas de un blog, narra en primera, segunda y tercera persona. Más todavía, hace de cada capítulo un relato contundente, esférico, que nos empuja a seguir leyendo (yo leí en sólo dos días esta novela de casi doscientas páginas). Pero que nadie se engañe: que se lea rápido no significa que este libro no deje huella. Al final del capítulo 14, el narrador afirma que no quiere escribir un *thriller* facilón, de esos que abusan del *suspense* para mantener enganchados a los lectores. “Yo deseo crear un texto entrañable, una historia que permanezca largo tiempo rebotando en las mentes y corazones de los lectores”. Desde el otro lado de la página me permito decirle a Carlos Martín que lo logró, y que sus lectores se lo agradecemos.

Reseña crítica del libro *La muerte del Ruiseñor del autor Carlos Martín Briceño. (2018)*, ediciones B, Ciudad de México, 200 pp.